un hijo llamado Ixcach, el cual casó después con otra doncella tulteca, hija de Acapal; y éstos fueron casando con los chichimecas y mezclándose unos con otros hasta hacer de ambas naciones una generación y familia. También se dice por cosa muy cierta y verdadera haber quedado de aquella dicha nación tulteca una niña llamada Azcatlxochitl, hija de Pochotl y de Huitzitzilin y nieta de uno de los mayores señores tultecas y príncipes de los ya dichos y referidos, a la cual su madre criaba en el pueblo de Tlaximaloya, treinta leguas poco más o menos de esta ciudad de Mexico, a la parte del poniente, que se había quedado en aquel lugar, en la destrucción y acabamiento de los de su familia. Y aunque la niña era de sangre ilustre y noble, vivía y se criaba en grandísima pobreza y no daba la madre demonstración de serlo; lo uno, por ser pobre; y lo otro, por no ocasionar a los chichimecas a que la matasen con sospechas de que no pensasen que algún tiempo les tomaría gana de recuperar su señorío si el número de su gente crecía, aunque todo esto se allanó y aseguró; con que sabiendo Xolotl quién era y cuán a propósito le venía casarla con su hijo Nopaltzin, se la dio por mujer y esposa en cuyo contrato y casamiento hubo grandes regocijos y fiestas; lo cual sucedió dos años adelante de los desposorios y casamientos de sus hermanas; y de aquí quedaron emparentados tultecas, chichimecas y aculhuas, haciendo un linaje tres que lo eran diversos y distintos. Las fiestas que se hicieron a la celebración de estas bodas duraron tiempo de seis meses; y se dice que era tanta la gente que concurrió a ellas que, no bastando los poblados, se alojaban por los campos en grandísimas congregaciones y rancherías, sin conocerse ya los unos a los otros, entre los cuales, fueron quince reyes y más de treinta príncipes e infantes, con otros muchos señores de cuenta y capitanes y gente de guerra que ya estaban puestos en presidios y fronteras.

CAPÍTULO XXX. *De cómo Itzmitl, por otro nombre Tlacoxinqui, señor de Cohuatlichan, fue a pedir a Xolotl señorío para su hijo Huetzin y le prometió el de Culhuacan; y cómo el señor de aquella provincia, llamado Nauhyotl, hizo ejército para recibirle y matarle*

EN ESTOS TIEMPOS en los cuales ya las naciones chichimecas, tultecas y aculhuas, eran unas y se trataban como hermanos y parientes, comenzó la ambición a crecer con el número de la gente; entre los cuales el primero que se dice haber introducido la plática de este detestable vicio en estas familias fue Itzmitl, señor de Cohuatlichan, hijo de Tzontecoma, uno de los tres señores aculhuas que de sus tierras vinieron a éstas, cuando ya Xolotl las poseía. Este señor, como tuviese un hijo llamado Huetzin y desease verle señorear y mandar como él señoreaba y mandaba, si ya no es, que con el temor natural que suele causar la ambición parecien-

do al que la tiene que lo que él hiciera para llegar a aquel punto harán otros para alcanzarle, aunque sea matar o pretender la muerte los hijos a los padres, y por asegurarse de esta sospecha para gozar con quietud la estimación de su señorío, fuese al emperador Xolotl y pidióle, que pues su hijo era ya de edad para poder ejercitarse en cosas de gobierno, que se sirviese de mandarle dar algún pueblo, donde asistiese, hasta tanto que (alcanzándole por días) entrase en la posesión y herencia de Cohuatlichan, y en él pudiese comenzar a tratar las cosas que para una república son importantes, para que después estando experto y experimentado en ellas las ejercitase en la suya como buen republicano y maestro diestro en el mandar. A lo cual Xolotl no puso dificultad; y diciéndole que le placía y que pedía acertadamente le preguntó que: ¿qué provincia o ciudad se le podía encargar? A lo cual Itzmitl dijo: que la de Colhuacan era buena, la cual tenía a su cargo uno de los señores descendientes de los tultecas.

No fundaba mal su razón porque según hemos visto Tzontecomatl casó con Coatetl, que era de aquella casa, cuyo nieto era Huetzin y no se dice la causa de querer aquel señorío habiendo en el poseedor que era Nauhyotl que reinó en aquella ciudad más de sesenta años. Para esto ordenó Xolotl de irse a holgar aquel lugar; y llamando a Ameyal, nieto del señor de Colhuacan, le dijo lo que determinaba y cómo le parecía bien que Huetzin, hijo de Itzmitl, estuviese en compañía de su abuelo en Colhuacan hasta que se le llegase el tiempo de su herencia; y como los príncipes (por tener voluntad y determinación absoluta) muchas o las más veces y por hablar mejor nunca deben ser contradichos en especial si se conoce de sus palabras algún particular intento y gusto, Ameyal, que lo debió de conocer en las de Xolotl, no sólo no le contradijo pero diole a entender que gustaba mucho de ello y que era favor y merced la que se le hacía a su abuelo Nauhyotl; pero después que se fue de la presencia del rey envió a avisar secretamente a su abuelo de lo que en palacio Xolotl había tratado y que viviese con aviso y cuidado de lo que debía hacer, pareciéndole que el llevarle a su compañía sería con ánimo de introducirle en el señorío, enajenando a su abuelo de él (cosa que ninguno que posee apetece ni consiente aunque por ello se ponga a riesgo de perder la vida). Con este aviso que Nauhyotl tuvo de su nieto Ameyal comenzó a vivir con cuidado y a disponer las cosas del recibimiento de Huetzin, más en favor de su conservación y permanencia que en orden de fiestas y regocijos, para admitir en su casa huésped que podía echarle de ella aunque esto fue por entonces con mucho secreto y silencio.

Xolotl, que era ya muy viejo y debía de atender más a pasar la vida como quiera que ella se le ofreciese, que no a considerar lo que mejor y más a cuento le estaba (por ser aquella edad la que torna y reduce a los hombres a la de los niños), no advirtiendo al daño que se ofrecía en su demanda y determinación, fuese a Culhuacan publicando y pregonando huelgas y pasatiempos; y después de ser muy bien recibido de Nauhyotl le declaró su intento; a cuyas palabras aunque le prestó orejas no le dio el sí de su voluntad y corazón y siempre estuvo con el cuidado de recibir mal al huésped

que el rey alojaba en su casa. Acabadas las huelgas y vuelto Xolotl a su corte, pensando que se le quedaba aliñado casa al príncipe Huetzin, le mandó ir a Colhuacan; el cual fue tan mal recibido que a no valerle los pies le hubieran valido poco las manos; porque salió el señor de Colhuacan con ejército formado contra él y la gente que con él venía, que era mucha, aunque todos vestidos de pascua, apellidando paz, como los que hasta entonces no habían sabido de guerra.

Vino luego este alboroto a las orejas del rey Xolotl y juntamente a las del príncipe Nopaltzin, el cual con el enojo que recibió salió con la gente que pudo, y haciéndo guerra a Nauhyotl, lo venció y prendió y tuvo preso mucho tiempo; el cual murió en aquella prisión y aflicción como hombre alborotador del reino; supo también cómo Ameyal había dado el consejo a su abuelo y aunque era su cuñado por estar casado con hermana suya le prendió y trató mal y quitó el señorío y provincia que a su cargo tenía por prisión del viejo Nauhyotl. Entró Huetzin, en el gobierno y señorío de Colhuacan (que es el segundo señor que Gómara[1] nombra en la sucesión de los señores de esta población y provincia; pero no dice el orden que hubo y así confunde el señorío) al cual volviéndose a su ciudad de Cohuatlichan por muerte de su padre, le heredó Nonohualcatl; y casó este Huetzin con Atotoztli, hija de Achitometl, señor de aquella provincia de Colhuacan que después de Nonohualcatl entró en el señorío.

CAPÍTULO XXXI. *De la muerte de Chiconquauhtli yerno de Xolotl; y de algunas cosas que Xolotl hizo con que provocó a los de su imperio a pretenderle la muerte*

EN LOS CAPÍTULOS de atrás hemos dicho cómo Xolotl dio una de sus hijas a Chiconquauhtli, uno de los tres señores aculhuas y le hizo rey y señor de la provincia de Xaltocan, el cual habiendo tomado posesión de su señorío y gobernándolo muchos años, murió, dejando hijos que le heredasen, cuya muerte debió de ser tan acelerada y repentina que no dio lugar de poder dar noticia de ella al emperador, su suegro y a otros señores para que se hallasen presentes; pero sabida por Xolotl, después de sentirla mucho, dio orden cómo encomendar el gobierno a persona tal que lo rigiese hasta tanto que fuese sabida por sus nietos, hijos de Chiconquauhtli, los cuales, en provincias distintas y apartadas, gozaban señoríos, por ser usanza de estas gentes, en aquellos tiempos, dar títulos y pueblos a los herederos de cuyo señorío denominasen a la manera que en nuestra España, cuando a los duques de Medina les nacen los primogénitos y herederos, nacen con título de condes de Niebla y otros muchos a esta manera y modo, para lo cual envió a llamar a Tochintecuhtli, señor de la provincia de Cuahuacan y mandó que dando el pésame a su hija de la muerte de su

[1] Gómara, en la Historia General.